



# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

## EL CULTO DE LA HUMANIDAD

DE ANDRÉS MARIA SANTA-CRUZ.

### ARTICULO 1.º

El año de 1803 apareció en Bilbao un hombre cubierto de andrajos y de miseria, recién llegado de Francia. Dirigiase á Madrid y aprovechó la primer ocasion que sus escasos recursos le proporcionaron. Pero acometido de una fuerte calentura, se vió obligado á detenerse en Búrgos donde á los pocos dias, sin conocer á nadie ni ser de nadie conocido, murió. Su maleta bastante ligera de ropa contenia muchos papeles y algunos ejemplares de un folleto impreso en París el año V de la república, intitulado *Le culte de l'humanité*. Su autor era el mismo desventurado viagero. Llamábase Andrés Maria Santa-Cruz, era natural de Guadalajara y habia recorrido las primeras capitales de Europa.

Poco pudo saberse de su vida: un príncipe aleman le habia encontrado en Tours en la mayor pobreza; y compadecido de su estado

y aficionado á su instruccion poco comun, le habia tomado á su cargo en clase de ayo de sus hijos. Al estallar la revolucion francesa se hallaba en Lóndres en compañía de su protector: fuese que estuviese descontento de su conducta, ó que el humor aventurero del ayo no se acomodase á la vida pacífica y sedentaria de la educacion, Santa-Cruz volvió á París á fines del año 1790, lleno de fé y de entusiasmo, anhelando tomar parte en la realizacion de sus filosóficas teorías. Nutrido con las obras de los Enciclopedistas y sobre todo de Voltaire hacia quien profesaba la admiracion mas sincera, creyó llegado el momento de la emancipacion universal. Lanzóse por tanto con entera confianza en las sociedades patrióticas, aprobando cuantos excesos pudo cometer la revolucion en sus primeros pasos. Su principal amigo fué un profesor de botánica, diputado en los Estados generales, que al concluir sus sesiones la Asamblea constituyente se hizo notable en la Vendée por sus esfuerzos para organizar clubs y asociaciones con que combatir el influjo del clero anti-revolucionario.

Madrid 21 de noviembre de 1841.

TOMO II.—21



rio. Llamábase Lareveillère-Lepaux: contrahecho y jorobado en su persona, de entendimiento poco brillante y de instruccion superficial, habia alcanzado sin embargo cierta reputacion por la exaltacion de sus ideas. Miembro de la Convencion por el distrito de Maine-et-Loire, votó la muerte de Luis XVI á pesar de sus estrechas relaciones con los Girondinos, y de haber abrazado ostensiblemente sus proyectos y su sistema. En su casa pudo conocer Santa-Cruz á Vergniaud y á Roland: la brillantez de sus talentos, la generosidad de sus teorías simpatizaban con su noble exaltacion: defensor de su patriotismo, los vió hundirse con dolor en la sesion fatal de 31 de mayo.

Lareveillère habia reclamado valerosamente una parte de la proscripcion de sus amigos: su escasa importancia le salvó. Mas no contento con tal muestra de sus opiniones, hizo dimision de su cargo de diputado, llamando la atencion de los vencedores que le persiguieron con encarnizamiento. Precisado á esconderse, valióse de Santa-Cruz para evitar un fin desastroso: ambos amigos se ocultaron durante la época del terror. Víctimas de la mas espantosa miseria, debieron su sustento á la generosidad de un capitalista extranjero. El abate Marchena y otros muchos españoles comprometidos en la caida de los Girondinos habian huido precipitadamente de París: Santa-Cruz

se encontró entonces desamparado, perseguido, pero conservando siempre sus ideas anti-religiosas y su exaltacion revolucionaria.

La caida de Robespierre y los trastornos del 9 thermidor acabaron con el terrorismo y con la comision de salud pública: los comprometidos en el partido de la Gironda pudieron aparecer sin riesgo en la ciudad, y la Convencion llamó á su seno á Lareveillère-Lepaux. Allí trabajó infatigablemente este diputado, hasta concluir la nueva constitucion francesa. Sus ideas republicanas, su laboriosidad y su desinterés le llevaron á ocupar uno de los asientos del directorio en compañía de Barrás, Carnot, Le-tourneur y Rewbell. Con semejante eleccion creyó Santa-Cruz hacer una gran fortuna; pero sea que repugnase á su escrupulosa probidad disponer de los empleos, sea que la elevacion hubiese ensoberbecido su ánimo, el nuevo director no confirió destino alguno á su antiguo y necesitado amigo.

La religion entretanto empezaba á levantarse y á recobrar su influjo. El decreto dado por la Convencion á instancias de Robespierre habia establecido el deísmo en vez del atheísmo asqueroso que habia convertido en templos de la razon todas las iglesias de Francia. Por ridículas que fuesen las predicaciones de los diputados en favor del Ser supremo, los sermones en loor de la naturaleza, contra la supersticion y la tira-



nia, era un paso de alta importancia el destierro de la intolerancia atea que proscribía toda clase de cultos en el estado. La religion cristiana estaba prohibida aun, pero la ley permitía adorar á Dios: la reaccion anti-religiosa se iba calmando, y el cristianismo oprimido, pero no muerto, anunciaba con nueva luz su completa restauracion entre las persecuciones de los demagogos.

La Constitucion del año III y el establecimiento del directorio devolvieron un periodo de calma y de tranquilidad al pueblo: renacian las tendencias católicas que rechazaban con intolerante energia los republicanos, y para conciliar ambas pretensiones, fundóse en París la sociedad de los Theophilantropos. La filosofia materialista de Santa-Cruz se avino bien con los dogmas de la religion nueva, y para explicarla y propagarla compuso su libro intitulado *El culto de la humanidad*.

Como pudieran reunirse para fundar una academia, reuniéronse muchos ciudadanos para establecer un culto. La primer asamblea sirvió de mofa y burla á los periódicos de la época. Algunos honrados padres de familia fueron sus protectores, y no faltaron nombres célebres en el catálogo de los socios: distinguiese entre ellos Bernardino de Saint-Pierre, famoso ya por sus Estudios de la naturaleza. El objeto principal de los fundadores era inventar un culto en el cual viniesen

á confundirse todos los cultos anteriores. Persuadidos de que el catolicismo no podia volver y desechando el bárbaro ateismo de los primeros tiempos de la Convencion, quisieron unir dos ideas inconciliables, la idea cristiana con la idea deista y reformadora, la ley natural con la ley revelada, la filosofia de la materia con la filosofia del espíritu. Asi la nueva secta no podia hacer prosélitos porque nada negaba y nada podia afirmar. No habia dogma religioso que sirviese de lazo comun: la observacion de unas mismas virtudes morales, era el vinculo de fraternidad entre los sectarios. Loca empresa era fundar un culto nuevo en tan deleznales bases. Asi es que á pesar de la sed religiosa de los mismos fundadores y de la proteccion del gobierno, hizo escaso ruido la religion que con tanta pompa se anunciaba.

Lareveillère miró en la theophilantropia un medio de realizar su sueño de fusion universal: todos sus esfuerzos se dirijieron á la consolidacion del establecimiento naciente. Su posicion en el gobierno le proporcionaba ámplios recursos para su fin: preocupado con el que imaginaba grande objeto, no perdia ocasion de recomendar á los padres de familia que enviasen sus hijos á instruirse en la moral filosófica que habia de hacer la felicidad del género humano. Para atraer la atencion pública sobre la nueva asamblea pronunció ante el



Instituto, reunido en solemne sesión, un extenso discurso ó memoria filosófica sobre la naturaleza del culto en general. Al examinar las creencias católicas empeñábase en probar que á fuer de viejas y gastadas no tenían fuerzas para guiar los pasos del mundo; pero, como alguna religion ha sido siempre necesaria, opinaba que todos los ciudadanos debían concertarse para adoptar de comun acuerdo un par de dogmas fundamentales. La frase de un par de dogmas, pronunciada con tan ridícula sencillez, dió mucho y por mucho tiempo que reír á los atéos, escitando el desprecio de los cristianos. Pero el pobre director de la República, cada vez mas apegado á sus preocupaciones filosóficas, no se desanimó por tan mala acogida; antes bien redobló su protección hácia la secta, é hizo cuanto cabía en su poder para propagar los libros que esplicaban y desarrollaban sus teorías. Catecismos y manuales fueron profusamente distribuidos por los agentes del gobierno.

Tantos esfuerzos consiguieron por el pronto algun resultado. La doctrina theophilantrópica se estableció en las cercanías de París entre varias familias: las provincias del mediodía la rechazaron completamente; hizo algunos prosélitos en los departamentos del norte, pero no se propagó hasta el punto de llamar la atención pública. La Francia quedó siempre dividida en atéos

y católicos: el vago deísmo de la nueva secta era una carga para los unos y para los otros un sarcasmo. Entonces se concentraron con más ardor los esfuerzos en la capital. Muchos hombres influyentes, apoyados ostensiblemente por el gobierno, la aceptaron como un arma para disputar al catolicismo las renacientes tendencias religiosas. Un decreto del directorio concedió á los theophilántropos el goce de las diez iglesias principales de París. San Sulpicio, San Roque, San German y San Eustaquio vieron profanar sus antiguos altares con las extrañas ceremonias y ridículas arengas de los novadores. Los hombres que habían permanecido fieles á las creencias de sus padres se lamentaban en silencio: pero la reacción anti-revolucionaria no era aun bastante fuerte para permitirles reclamar la dignidad de los templos consagrados al Señor. Las reuniones de los sectarios se repitieron con escandalosa frecuencia, pero, á pesar de ciertos nombres populares que figuraban en sus listas, las nuevas doctrinas religiosas no escitaban de modo alguno la propaganda ni el entusiasmo.

La protección decidida de Lareveillère y la novedad que acompañaba á las máximas theophilantrópicas cautivaron pronto el ánimo ligero y la desordenada imaginación de Santa-Cruz. Su carácter dulce y entusiasta desechaba el seco atheísmo de los puristas republicanos:



su filosofía materialista, los principios que había bebido en su juventud le hacían mirar, como pueriles preocupaciones, las grandes y fecundas máximas del Evangelio. Su talento superficial no veía en el cristianismo más que reuniones de ignorantes y groseros frailes, inútiles pompas, y gerarquías de clérigos ambiciosos que se disputaban con el fraude y la superstición el goce de los poderes temporales. La Inquisición monstruosa y decrépita era, en su entender, el dogma mismo: y así las creencias católicas en vez de guardarle consuelo y esperanza, espantaban su débil alma con la austeridad de un culto intolerante y cruel. Como todos los hombres de escaso valor, reusaba decidirse por un partido cualquiera: la nueva secta le deslumbró porque conciliaba sus ideas con su carácter, y se propuso hacer de la Francia un pueblo de filósofos deístas.

Por cuenta de la sociedad viajó por una gran parte del país. Sus primeros ensayos en Bourges le animaron para continuar su misión. Acompañado de varios miembros de la sociedad central que le prestaban el prestigio de que carecía, Santa Cruz era el director oculto y el infatigable intérprete de los establecimientos que se creaban. En el departamento de la Yonne tomó un vuelo rápido y pasajero el desarrollo de la doctrina: tan brillante resultado valió al enviado español una carta lisonjera del direc-

tor que reanimó sus infundadas esperanzas de fortuna. Volvió á París sin obtener la humilde colocación que solicitaba. Su celo decayó mucho con la desesperación que su pobreza le produjo: completamente separado de sus antiguos amigos, pasó algunos meses en la más completa miseria.

Entretanto la theophilantropía había alcanzado su poco brillante apogeo y empezaba á declinar. La novedad que causó en París había cesado. El movimiento del catolicismo renaciente la expulsaba de las provincias. Las tradiciones monárquicas volvían á tomar cuerpo y la falta de una religión antigua y respetada se hacía sentir universalmente. Después del 18 brumario, manifestó el gobierno una tendencia marcada hacia la reorganización del clero. Devolvieronse al culto católico las iglesias que habían servido de asilo á la doctrina de los nuevos reformadores, y luego por un decreto del 29 vendemionario del año X prohibieron los cónsules á los theophilántropos reunirse en los edificios nacionales. Protestaron algunos contra la ilegalidad de la medida, pero fuerza era respetarla. Desde entonces, abolidas las asambleas, empezaron á dispersarse los sectarios y la secta se acabó.

En cuanto á Santa-Cruz, procuró inútilmente que el gobierno le confiriese un empleo: enfermo y miserable, vino á España á respirar los aires del país, último remedio



contra su tenaz melancolía, mas solo halló un sepulcro á los primeros pasos. En otro artículo nos ocuparemos de su libro.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

### Exámen crítico

### DEL TEATRO ANTIGUO.

AGUILAR Y LOPE DE VEGA.

(Continuacion.)

Al legar Felipe II la direccion de su vasta y poderosa monarquía á Felipe III, presenta España una fisonomía política diferente. La heroica raza de Carlos V, que habia producido á don Juan de Austria, á Alejandro Farnesio y á Felipe II, bastardeó y dejeneró hasta el envilecimiento en su segunda, tercera y cuarta generacion real. Príncipes educados con lujo y orientalismo en magníficos palacios, y enervados y degradados por escrúpulos de conciencia y por ideas de fanatismo supersticioso, entregaron el gobierno de la nacion á merced de miserables validos, que la condujeron por una série no interrumpida de calamidades, de derrotas y de ignominias al estado de desórden, de abandono y de postracion de que la sacára en 1701 la nueva y vigorosa raza de los Capetos de Francia. La religion desde Fernando I

hasta la muerte de Felipe II (1474 á 1598) habia secundado los designios de estos, y la intolerancia del clero y de la Inquisicion, á pesar de su poder, habia estado subordinada á su autoridad. Mas desde Felipe III la dignidad real decae de su antiguo poderio, el sentimiento religioso toma una direccion exagerada y funesta, el clero se hace superior al monarca, y piérdese en medio del ócio, de los deleites y del envilecimiento producido por la tendencia material y supersticiosa de las doctrinas eclesiásticas aquel antiguo vigor y extraordinaria energía, que hicieran célebre á España. La poderosa monarquía de Fernando el Católico y Carlos V pasó á ser dirigida por las mezquinas y erradas ideas de teólogos y confesores reales, sin cuyo dictámen no se trató ni decidió materia alguna de importancia desde esta época hasta la de Carlos III (1598 á 1759). Aquella poblacion marcial, vigorosa, llena de entusiasmo y de genio en el reinado de la célebre Isabel vino á caer en manos de miserables pigmeos, que enervaron su valor, y sofocaron toda su energía moral. Debe no obstante confesarse, que la debilidad misma del gobierno desde Felipe III favoreció al desarrollo literario. Habia sido tan severa y terrible la dominacion de Felipe II que ella llegó en cierto modo á encadenar duramente al ingenio español. Y nosotros podemos despues de su muerte decir lo que los franceses despues de la de Luis XIV. Se sintió que el individuo era mas libre que en el anterior reinado. Felipe III, sin embargo, entregado á clérigos y religiosos, y mas amigo de



las procesiones y de los conventos, que de las diversiones teatrales, volvió á consultar en 1600 á una junta de teólogos sobre si eran ó no lícitas. Esta opinó, «que las comedias, conforme hasta allí se habian representado y solian representarse en los teatros con los dichos y acciones y meneos y bailes y cantares lascivos y deshonestos, eran ilícitas y era pecado mortal representarlas.» Despues indicó las condiciones bajo las cuales podian permitirse, y entre otras cosas manifestó, que en las iglesias y conventos se *representasen comedias puramente ordenadas á devoción*; que en los teatros fuesen examinadas y vistas representar lo menos por un teólogo antes de la representacion pública, y que se nombrase un juez ejecutor de las penas impuestas á las infracciones de esta disposicion. El consejo de Castilla aprobó este dictámen con ligeras restricciones, y el teatro español quedó desde 1600 sujeto al mas estrecho y ridículo ceremonial. (1) ¿Mas qué importaban las trabas, que el ascetismo de los teólogos oponia al desarrollo dramático en medio de un país, entusiasmado por las artes, la poesía, el teatro y todos los placeres de la imaginacion? ¿Qué influencia podian tener los escrúpulos de conciencia de Felipe III y de estrictos moralistas en un pueblo amante de su historia, de sus hechos heroicos y maravillosos, y que contaba á la sazón con ingenios tan esclarecidos como el de

Lope de Vega? Ninguna por cierto; y así es que la época brillante del teatro español puede señalarse desde 1598 hasta 1663. Abre su magnífica marcha el autor de la Jerusalem conquistada, y continúa su brillo y fecundidad hasta la muerte de Felipe IV. Mas antes de entrar en el exámen del genio dramático de Lope de Vega, ya que no nos es posible por la naturaleza de nuestro trabajo analizar las medianas comedias de Guillen de Castro y las de Cervantes, cuyo talento era mas propio para el entremés y la pintura de la parte cómica de la vida, que para el drama histórico y la comedia heroica, citaremos algunos trozos de la del *Mercader amante*, de Aguilar, y ellos servirán á demostrar el tono sublime y caballeresco de nuestro teatro y los adelantos del mismo en la época de Lope de Vega.

Belisario, mercader rico, y dotado de bellísimas prendas quiere experimentar el cariño de la muger con quien debe casarse, y al efecto esparce la noticia del naufragio de cinco buques suyos, y de su completa indigencia, entregando sus bienes bajo una venta finjida á un criado para pagar las deudas. Dos mugeres que antes le amaban, abandonándole en su desgracia, y otra se apasiona de él hasta el extremo de querer matar al amante con quien su padre la quiere casar y despues á sí misma para no hacer traición á Belisario. Tal es el argumento de esta comedia, sostenido por mucho tiempo con gran interés, sin saberse cual será el desenlace. La fidelidad de Astolfo, criado de Belisario, y la de Labinia, su amante, no puede subir á

(1) Páginas 454 á 454, tomo primero de la historia del Histriónismo, por Pellicer.



mayor punto, y el teatro en esta pieza se eleva á la sublimidad de Lope de Vega, de Rojas y Calderon. Es notable para conocer el tono noble y heróico de la misma el siguiente diálogo de don García:

Y aun de eso reniego yo,  
Que ya los hombres honrados,  
Cuando tratan de casar  
Sus hijas, suelen dejar  
Los duques por los ducados.  
Busquen, busquen caballeros,  
Que envidiosos de alabanzas  
Traten en cuentos de lanzas,  
Y no en cuentos de dineros.  
Busquen hombres bien nacidos,  
Que en batallas y en amores  
Salgan siempre vencedores,  
Y jamás salgan vencidos.  
Y busquen, si puede ser  
Un yerno hidalgo y discreto,  
Porque le tenga respeto,  
Y no miedo la muger.  
Mas todo á perder se viene,  
Pues la de mayor decoro  
Se casa con el tesoro,  
Y no con el que le tiene:  
Y si el tesoro se aleja,  
Y con el tiempo se pasa,  
Puede decir, que se casa  
Con marido que la deja.  
Toda aquesta perdicion  
Sufre una muger honrada,  
Y es la condicion malvada  
De su padre la ocasion.  
Porque los padres tiranos  
Con sus vejeces prolijas,  
Por hacer ricas las hijas,  
Hacen los nietos villanos.

Si brillante es la arenga de don García, es todavia mas interesante por su ternura y sublimidad, la respuesta que Labinia dá á su padre, al proponerle el casamiento de un hombre muy rico.

¿Yo he de querer el tesoro,  
Padre, que nunca he querido?  
¿Yo que á los ricos olvido?  
Yo que la pobreza adoro?  
¿Yo que menosprecio ya  
De tal suerte la riqueza,  
Que me agrada la pobreza  
Por un sujeto en que está?  
Un hombre rico me das.  
Yo quiero tomalle pobre,  
Y como el valor le sobre,  
Que le falte lo demas.  
Y por mi satisfaccion  
Quiero escogelle y tomalle,  
Tan pobre que pueda dalle,  
De limosna el corazon. (1)

Las reflexiones hechas, y los extractos que hemos presentado de las comedias de Torres Narro, de Juan de la Cueva y de Aguilar, de las opiniones literarias del segundo y de Lope de Vega en sus respectivas obras *el Ejemplar poético* y *Arte de hacer comedias* y de la loa de Agustin de Rojas sobre el origen de estas, creemos serán suficientes para demostrar á nuestros lectores, que el teatro español se hallaba ya formado con sus bellezas y defectos especiales en

(1) Las piezas que examinaremos pueden buscarse en la coleccion de comedias escogidas publicada en Madrid, imprenta de Ortega, y en la citada del señor Ochoa.



los últimos años del siglo XVI y con anterioridad á la colosal y bien merecida reputacion de Lope de Vega. Empero en este siglo todavía las traducciones de Oliva, Abril y Boscan, las comedias de Cozar, Fuentes, Ortiz, Mejía y Malara, y las opiniones literarias de Cervantes, lucharon, aunque inútilmente, por detener el atrevido vuelo de la comedia española, y sujetar esta á las estrictas concepciones de la poética de Aristóteles. Fué, pues, la gloria inmortal de Lope de Vega fijar el verdadero carácter de nuestro teatro, sustituir á los preceptos de la antigüedad ideas mas justas y libres sobre la poesía y la dramática moderna, elevar aquel á su mayor brillo y apogéo, y probar con la belleza y fecundidad prodigiosa de sus comedias, que el rumbo adoptado por él y Juan de la Cueva era el único que agradaba y encantaba al pueblo español, el único que ofrecia abundante cosecha de aplausos y laureles á los poetas dramáticos, y el único que podía dotar á nuestro pais de un teatro rico y verdaderamente nacional.

Presentada, pues, ya la rápida reseña del estado de las costumbres y de la dramática hasta principiar el siglo XVII, cumple ahora á nuestro propósito examinar las comedias mas célebres de Lope de Vega, Calderon, Rojas, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon y Solís. Todos ellos, si se exceptua el primero, florecieron en el reinado de Felipe IV (1621 á 1665) y fueron hasta cierto punto contemporáneos. Por ello, á pesar del mérito distinguido del *Curso de literatura dramática* del aleman Schlegel,

que ha abierto á la crítica literaria una direccion mas vasta y filosófica que la seguida anteriormente, y cuyas doctrinas sobre las artes y la poesía son bastante conformes á las que hemos defendido en este trabajo, no podemos de ningun modo, adoptar la marcha que él abrazó en su rapidísimo, si bien apreciable juicio del teatro español. Señalar pues, como él hace en la leccion 16, tres épocas distintivas del progreso del arte dramático en España por los tres famosos escritores, Cervantes, Lope de Vega y Calderon, es cosa que demuestra indudablemente, que el eminente crítico de Alemania no conocia profundamente el relevante mérito de los poetas contemporáneos del autor del Quijote, y el genio y carácter distintivo de los que vivieron en la época de Calderon. El teatro español desde Naharro y Juan de la Cueva hasta Zamora y Cañizares (principios del siglo XVI hasta la mitad del XVIII) refleja fielmente todo lo que habia noble, heróico y maravilloso en las costumbres, en los recuerdos y aficion de los españoles. Considerado por lo mismo en su esencia, en lo que constituye el fondo de sus bellezas y de su marcha, él presenta un mismo tipo y carácter: mas se descubren, sin embargo, diferencias marcadas en las formas, ó combinacion y desempeño del arte dramático entre nuestros poetas; y por esta diversidad y no por órden alguno cronológico los clasificaremos y juzgaremos desde los primeros años del siglo XVII. Ignoramos hasta donde convendrán con nuestro sistema los críticos y hombres ilustrados; mas



una lectura detenida de las voluminosas colecciones del teatro español nos ha sugerido esta idea. En nuestro concepto y para adoptar alguna clasificacion, pueden dividirse en dos escuelas los poetas dramáticos de España. La una dejó correr libre y caprichosamente su imaginacion, sin atenerse á la perfeccion de las formas ni á la exactitud artística de caracteres y costumbres, y fiada en el poder su genio produjo los mayores efectos y las mas sublimes bellezas, deslucidas algun tanto por desvíos y estravagancias, que no es facil disculpar, y la otra sin abandonar el tono grandioso y elevado de nuestro teatro ostentó mayor regularidad en las formas, mas detencion en la combinacion, é intriga dramática, un uso mas entendido del resorte maravilloso, y mayor perfeccion y exactitud en la pintura de caracteres y costumbres. Inclínose aquella escuela hácia el lado puramente ideal y poético del hombre; y esta supo mezclar hábilmente la parte cómica y positiva de la vida. Por ello se vé, que los poetas de la segunda llegaron hasta crear y perfeccionar la comedia de costumbres en la cual el teatro español puede aspirar con justicia á una gloria anterior á la del francés. A la primera escuela pertenecen Lope de Vega, Calderon y casi todos nuestros poetas de tercer órden: ofrécese en la última los nombres de Tirso, de Moreto, de Rojas, de Alarcon y de Solís. Mas al presentar esta division, no se crea que es tan rigurosamente cierta, que no compusiesen los poetas de la segunda escuela comedias parecidas á las de Lope y Calderon en

el atrevido vuelo de la fantasia, y en la exageracion del resorte novelesco y maravilloso. Compusieronlas sin duda; mas basta para fundar nuestra asercion, que en muchas de ellas se observen cierta regularidad y exactitud, que inútilmente nos afanariamos en buscar en los dos poetas ya citados, de cuyas producciones vamos á ocuparnos.

Nosotros nada diremos del genio de Lope de Vega, (1) de la prodigiosa fecundidad de su musa, de la dictadura que ejerció sobre el teatro español. Desde Cervantes su contemporáneo hasta Moratin y los señores Quintana y Martinez de la Rosa, han sido reconocidas sus eminentes facultades poéticas á despecho de las estrictas teorías del clasicismo francés. No nos pertenece, pues, repetir cosas dichas y sabidas de todos, y si solo examinar su númen dramático bajo el punto de vista filosófico, que es el objeto de la presente obra. La lectura mas rápida de las innumerables comedias de Lope de Vega presenta á este como un ingenio admirable por la riqueza de su imaginacion, la fluidez, armonia y diversidad de la rima, la fecundidad de invencion y la pintura de las costumbres nobles y honradas de España. La cortesania y el pundonor mas delicado en las damas y caballeros, la deferencia ideal hácia el bello sexo y la descripcion de todos los sentimientos generosos distinguen especialmente sus piezas, y las dan un tinte dulce y amable. Mas que pintura acabada de carac-

(1) Nacido en 1562 y muerto en 1635.



teres y pasiones en toda su energía, se descubre en ellas la del carácter español heroico por honor y hasta por jactancia. Muchas veces dejó correr libre y caprichosamente su imaginacion como en el *Nuevo mundo descubierto por Colon*, y jamás se atuvo en la comedia ó drama histórico á la observancia fiel de las costumbres de la época; y así es que vistió completamente á la española la traji-comedia del *Honrado hermano*, cuyo argumento versa sobre la célebre lucha de los Horacios y Curiacios, presentando á sus personajes los sentimientos de un español y no los de un romano ó albano. En todas las comedias de Lope se observa la mezcla de lo sério y cómico, de lo sublime y bajo, y haciendo un papel distinguido el *gracioso* personaje que siempre se encuentra en nuestro teatro antiguo. Anteriormente hemos ya manifestado, que esta amalgama de cosas tan opuestas, se halla en el orden natural, produce el contraste en que principalmente consiste el drama, y contribuye de un modo eficaz á hacer el cuadro mas vivo, fiel y animado: ahora solo nos resta decir nuestra opinion sobre la figura del *gracioso*, que tanto descuella en todas nuestras comedias, y que ha sido juzgada con severidad por los críticos. Con ello responderemos de una vez á las impugnaciones que ha sufrido el teatro español, procuraremos fijar un juicio exacto de sus defectos y bellezas, y quedaremos completamente libres de la parte artística y material de la poesia dramática para entrar en el exámen de la parte esencial y filosófica de la misma

Los que consideran al género puramente trágico como lo mas elevado y superior, las tragedias francesas, como un modelo acabado, de que no sea lícito separarse, y la diferencia entre la comedia y la tragedia fundada rigurosamente en la naturaleza, deben reir con cierto desden é indignacion al leer las comedias españolas, en que el *bufon* ó *gracioso* hace tan importante y distinguido papel. Mas nosotros que por ese carácter monótono y exclusivamente aristocrático é ideal de las tragedias francesas, vemos en ellas mas bien magníficos versos, trozos elocuentes, arengas brillantes, que no vida, verdad, animacion y movimiento dramático; nosotros que reconocemos lo sublime trágico en los mas fuertes contrastes de situaciones y pasiones, siempre que sean naturales y no forzados; nosotros que no admitimos como una cosa definitiva é irrevocable la separacion absoluta de lo trágico y cómico, y que creemos falsas, incompletas y poco filosóficas algunas de las reglas adoptadas por los clásicos, aventuraremos defender el personaje del *gracioso*, que no es peculiar de nuestro teatro, si que se halla tambien en muchas comedias de Shakespeare y en su tragedia del rey Lear.

F. G. DE MORON.





## SEGUNDA SECCION.

## AMENA LITERATURA.

## Bedkandir.

## CUENTO ORIENTAL.

*(Conclusion.)* (1)

Absorto por la vista de Amadia, el joven pastor ha podido sin embargo juzgar por una rápida ojeada el círculo en que acaba de ser admitido. Los semblantes le parecen llenos de calma y dignidad, y respirando la mas abierta franqueza: estaban unidas aquellas personas por un sentimiento comun de igualdad. Si habia entre ellos algunos parientes era imposible distinguirlos de entre los amigos. Las palabras se cambiaban con benevolencia: la opinion de uno era la de todos. Unas veces se adopta, otras se rechaza y lo mas particular era que parecian complacidos en no tener razon. Agradecian á los demas haber discurrido con mas exactitud.

Despues de considerar Bedkandir este cuadro, vuelve á mirar á Amadia. ¡Cuántos encantos fascinan al joven pastor! No disfrutaba de una mesa de cien

cuertos; no circulaba el vino en frasco de cristal, no cantaban voluptuosas esclavas, y sin embargo, disfrutaba mucho mas: allí se embriagaba: aquí era feliz.

El pastor se consideraba tan libre como en sus valles, tan querido como cuando se hallaba al lado de su perro. Creia que habia visto siempre á aquellos mismos hombres y á aquella muger. —¿Qué te parece esta reunion? le preguntó Zahou.—Deliciosa: en ella pasaria toda mi vida.

Volvieron á anudar una conversacion interrumpida por la llegada del pastor; pero por mas que este prestó atencion no comprendió una sola palabra. Percibia sonido sin entender el sentido que encerraban: creyó que no se hablaba el mismo idioma y se entristeció. Por fortuna Amadia se encontraba allí y se dedicó á mirarla. Tambien tomaba parte en la conversacion; pero al escucharla la comprendia: basta el corazon para adivinar el talento de una muger.

Luego que Bedkandir se encontró solo en el Caravanserail, el sueño huyó de sus párpados. Desvelábale la imagen de Amadia; habiase apoderado de su corazon esa enfermedad que se llama amor. Tambien Abenbahir se presentaba á su memoria: el beneficio es un lazo que nunca se desata por el bienhechor.

La reunion de casa de Amadia le preocupaba algunas veces: procuraba distinguir la prodigiosa diferencia que existia entre los hombres de que se hallaba rodeada y la multitud que habia visto y admirado en casa de Abenbahir. En una parte tranquilidad, en

(1) Véanse los dos números anteriores



otra tumulto: allá un corto número y aquí una ciudad entera. ¿Cuál puede ser la causa?—¡Ah! Como aquellos hombres tienen la desgracia de no ser jorobados se han alejado de la sociedad, y han hecho muy bien. Es tan sensible ver tributar homenajes á otro sin participar de ellos! es tan triste prosternarse con la multitud mientras que Ocktair, por un extraño privilegio permanece derecho con la cabeza erguida!...

«Si, si; los hombres de casa de Amadía viven aislados como yo cuando me encontraba en el desierto. Es tan evidente, que no comprendía su idioma: como que se han formado uno particular. En casa de Abenhazir, por el contrario, nada escapaba a mi inteligencia; sin duda porque se habla sencillamente, como yo hablo á mis cabras.»

A la mañana siguiente Bedkandir se levantó con la aurora. Acercósele su perro y no hizo caso. Se vistió satisfaciéndole plenamente el ataviarse con los presentes de Abenhazir. Cuando estuvo vestido, su perro empezó á ladrar costándole trabajo reconocerle. Luego que llegó al bazar, observó que reparaban en él mas que el día anterior. «Esto va bien, se dijo á sí mismo: no tardarán mucho en venir á hablarme: no lo han hecho ya porque sin duda me falta alguna cosa.» Encaminóse al palacio de Abenhazir donde se preparaba un nuevo festin: las diversiones eran el pan cotidiano de Abenhazir. ¿En qué se diferenciaria el rico del pobre sino fuera por los placeres que aquel disfruta?

Los espaciosos salones estaban llenos: la multitud arrastra á Bedkandir: se

acerca á Abenhazir, quien le acoge esta vez con una sonrisa. Los demas lo notan: ninguno se acerca pero tampoco le rechazan: habia obtenido una mirada del amo.

El jorobado tardó poco en presentarse. Es acogido con mayores muestras de distincion que el día antes. Acababa de adelantar al rey, por hacerle favor, la mitad del importe de los impuestos, encargándose de la recaudacion de la totalidad, y el reconocido monarca le habia elevado á la dignidad de *nedin*, que equivale á compañero del príncipe. El nuevo *nedin* hablaba poco, pero en cuanto abria la boca se estasiaban de placer los convidados, y si por casualidad dirigia á alguno la palabra, este se inclinaba hasta el suelo, tocando los tapices con la punta de la nariz. Este es el medio mas fino y delicado de contestar á nuestros superiores, ó cuando menos el que ellos comprenden mejor.

El día fué para Bedkandir un manantial inagotable de reflexiones. Llegó á creer, tal era el vértigo que le ofuscaba, que los jorobados de Ispahan eran seres privilegiados. Con efecto, entre los convidados de Abenhazir solo habia un jorobado, y á él se dirigian todas las atenciones. Esta idea, que en otro hubiera sido una locura, era en Bedkandir muy natural. ¿Cómo podia él discurrir, que la verdadera joroba de Ocktair consistia en sus talegas? La soledad no es la mejor maestra para darle semejante instruccion: la llave de tales misterios está en poder de la sociedad.

Bedkandir se irrita contra la naturaleza porque le ha formado perfecto. Su



despecho le hace concebir el proyecto de llegar á ser deforme ó cuando menos parecerlo. No lleva un vestido que á todos llama la atención? ¿Y no puede ocultar debajo del mismo un bulto que le asemeje á un jorobado? Orgulloso con su invención se creyó un genio superior, y el amor propio, el adulador mas fértil en ridículos razonamientos, tomó á su cargo ocultarle la necedad de su proyecto.

Al día siguiente se puso bajo la túnica y sobre la espalda un abultado almohadon que le transformó en el individuo mas cargado de toda la Persia. Casi se alegró de que hasta entonces no hubieran fijado en él la atención. «Así habrán ignorado, se decía, como están formadas mis espaldas las que puedo engrosar á mi placer. Su indiferencia me satisface: ayer me han reusado una mirada: hoy tomaré el desquite exigiendo respeto y admiración.» Para conseguir una y otra se dirige al palacio de Abenhazir.

Entra.

Al verlo, se hablan, se miran, cuchichean, crece el tumulto y Bedkandir se dice: Bien, muy bien: mi joroba produce el efecto de un talisman.» La fatalidad hizo que no se encontrara Zahou para protegerle y hacerle comprender su extravagancia. Acercóse con altanería á Ocktair y se sentó á su lado con la mayor tranquilidad. Abenhazir se estremeció, dió tres palmadas consecutivas. Por último se levanta. «Ya me figuraba yo, se dijo Bedkandir, que se acercaría á mi.» Preséntense los mudos. Su presencia anuncia una misión

sinistra. Para obtener de los esclavos en Oriente una ciega y muda obediencia no basta enfrenar la lengua, es necesario cortarla. Dóceles al furor de su amo, se apoderan de Bedkandir, le arrastran, le martirizan con los látigos del serrallo, y le arrojan en seguida, lleno de vergüenza, fuera del palacio. Reúnese el pueblo, acuden algunos soldados á los que entregan el culpable muerto de terror. Bedkandir pasa de la claridad del día á las tinieblas de un calabozo.

Un objeto velludo se precipita sobre él y aumenta sus temores: era su perro que le habia seguido apesar de su joroba. Bedkandir no tiene valor para acariciar al noble animal en quien vé una víctima mas. La oscuridad de su prision no se disipará nunca: así lo cree, porque el temor persuade mas que la esperanza.

De repente se abre el calabozo. Bedkandir no se atreve á respirar. ¿Es la muerte? Oh! no! la voz que oye es demasiado dulce.—«Levántate, le dicen: con tanta juventud y hermosura no se puede ser criminal. Jamás puedes ultrajar á nadie, ni aun al mismo Ocktair. Abandona esta horrorosa mansion, y que la libertad, proporcionada por Amadia cobre á tus ojos nuevos encantos.» —Las palabras Amadia y libertad sonaron deliciosamente á los oídos del pastor. Besó el velo blanco de su bienhechora y la siguió guardando un profundo silencio.

Atravesaron muchos tortuosos pasillos antes que Bedkandir pudiera ver el sol, y á su luz á Amadia hermosa, alegre y satisfecha. Sus enagenadas mira-



das se fijaban en ella.—«No te parece el día muy puro? le preguntó.—¡Oh! respondió el jóven pastor conmovido: hay en el universo otra cosa mucho mas pura que el día, y es tu alma.» Amadia bajó su velo para ocultar su rubor. Sus mugeres y sus esclavos se le acercaron: sentóse en su palanquin y desapareció. Bedkandir inmóvil, creyó perdida por segunda vez la luz y la libertad.

Horrorosos gritos le sacan de su meditacion. El pueblo corre en tumulto. «¡A las armas! ¡a las armas!... gritan por todas partes. «¡A las armas! los Osbecks están en la ciudad!» Entre la consternada multitud, Bedkandir distingue á Zahou. Acércase á él y le pregunta: —«¿Dónde vés?—A morir, para no presenciar la ignominia de mi pueblo. Los visires han gastado sus fuerzas contra nosotros y ya no pueden emplearlas contra los enemigos. Un puñado de ladrones basta para hacerlos correr.—Morir tú? He salvado á Abenhazir á quien no conocia, y por quien, á pesar de su ingratitud derramaria aun mi sangre, y habia de dejarte perecer á ti que me has amado? Ven; marchemos. Mas de una vez he visto precipitarse sobre mis rebaños manadas de fieras hambrientas y he aprendido á combatir las y exterminarlas.—Valeroso jóven! Cuánto ardor brilla en tus miradas!—Aun mucho mas tengo en mis venas.»

Bedkandir coje una cimitarra de manos de un soldado.—«En vez de esperar al enemigo, salgamos á su encuentro» dice:—Su valor reanima el de los demas y le siguen. Durante la marcha descubre á Ocktair, que salia á escape por la

puerta por donde no estaban los Osbecks, poniendo de nuevo en camino su patriotismo cosmopolita. Bedkandir y el pueblo se hallan en presencia del enemigo. Se empeña un terrible combate. Los Osbecks resisten al principio, cedén á poco y huyen por último para perecer en la fuga. Vencerlos es poco: es necesario exterminarlos. Se les persigue. ¡Qué espectáculo se ofrece á la vista de Bedkandir!... Una muger arrastrada por varios de aquellos bárbaros destacados de sus compañeros para robar en la ciudad. Es Amadia. Abalanzarse á ellos, dispersarlos, libertar á la doncella, caer á sus pies y tranquilizarla fué obra de un momento, y acciones mas propias para ser sentidas que descritas.—Bedkandir, Bedkandir! de cuántos peligros, de cuántos ultrages acabas de libertarme! ¿Hay alguna cosa en el universo que pueda recompensarte dignamente?—Si; puede desquitarte con un beneficio inmenso: que me permitas estar siempre á tu lado: no me importa el título: sea al de tu amigo, tu criado ó tu esclavo.—¿Tú mi esclavo, cuando yo lo soy de tu valor? Te entrego mi vida y mi corazón.» Zahou penetrado de alegría deja correr sus lágrimas.—Tú serás mi padre, le dijo Bedkandir. «Oh sueño encantador de mi juventud!... Amadia mía: tu hermano me ha despreciado, despues que le habia librado de la muerte, y tú, por un servicio igual me das mil veces mas de lo que te he dado. El corazón de las mugeres es mas tierno y mas justo. Su agradecimiento, puede embellecerse aun convirtiéndose en amor.»



Acordándose en seguida de Ocktair, añadió:—¿Concibes toda su infamia, abandonando una ciudad en que era adorado, en el momento del peligro?—Nunca ha hecho otra cosa, respondió Zahou. Su vida es un tejido de acciones vituperables. Los hombres son muy singulares. Si uno permanece pobre para no dejar de ser virtuoso, se le estima, pero se le abandona. Si por medio de infamia adquiere sus riquezas, dicen que le desprecian, pero la multitud aduldora se arrastra á sus pies. Y hablando de buena fé, ¿quién es mas despreciable, el que recibe un incienso que cree haber merecido, ó el que al prodigarlo sabe que no lo merece su ídolo?

—«Tienes razon, respondió el pastor, pero aun no lo has dicho todo. Un Ocktair no poseerá nunca como yo, el amor de una muger, y la estimacion de un anciano.»

Tanta felicidad no está exenta de inquietudes. Bedkandir no encuentra á su perro. ¿Se habrá extraviado durante la pelea? ¿Habrá perecido? Esta fatal idea le persigue hasta su llegada á casa de Amadia: pero, ¿cuál no fué su sorpresa al encontrarlo en ella echado sobre un almohadon! El pobre animal habia adivinado que estaba en su casa.

## ALBUM.

**TEATRO DEL PRINCIPE.**—La estrella que preside á este teatro, ha brillado en la semana última con doble esplendor. *Matilde, ó á un tiempo dama y esposa*, drama original, del distinguido

poeta don Antonio Gil y Zárate, nos ha revelado dos cosas, y son: que poseemos en la actualidad escritores dramáticos que nada tienen que envidiar á los extranjeros, y actores que superan á los tan decantados de la escuela francesa. Sin espacio suficiente para analizar el drama, que mereció á su autor ser llamado á la escena, nos limitaremos en estas líneas, á invitar al público para que asista á las representaciones sucesivas; porque no es una composicion de aquellas que satisfacen á la primera impresion. Abunda en tantos y tan delicados pensamientos, tantas bellezas poéticas y situaciones tan interesantes, que para apreciarlas dignamente deben estudiarse mas de una vez; y la recompensa de este estudio se recibe con el descubrimiento de nuevos tesoros y galas, que brillan mas á medida que se presentan mas claros á la inteligencia del espectador.

**LICEO.**—El señor RUBINI ha satisfecho ya la ansiedad pública, dando la primera representacion que estaba anunciada en el Liceo. Casi todos los periódicos de la capital le han rendido el homenaje que reclama su relevante mérito, y nosotros que abundamos en las mismas ideas, á falta de mejores espresiones para emitir las, nos referimos en un todo á nuestros colegas. Pero si bien al acatar el mérito del rey de los tenores no hacemos otra cosa que llenar un deber, faltariamos al mismo si olvidásemos indicar, que la corona de laurel que le ciñó el pueblo madrileño, fué dividida con la señora doña Manuela Oreiro de Vega, que se hizo digna de ceñirla: y para ser enteramente justos, distribuiremos algunas hojas entre los demas artistas españoles, que tan eficazmente contribuyeron al lucimiento de la funcion mas brillante de la capital.

**SDIRECTOR Y EDITOR,**

FRANCISCO DE P. MELLADO.